

Cuentos para pensar

TORRE

Amarilla

El joven Moriarty y los misterios de Oxford

Sofía Rhei

Ilustraciones

Alfonso Rodríguez Barrera



El joven Moriarty y los misterios de Oxford



El joven Moriarty y los misterios de Oxford

Sofía Rhei

Ilustraciones

Alfonso Rodríguez Barrera

Norma

mx.edicionesnorma.com

863.7

R44

2019 Rhei, Sofía, 1978 - autor.

El joven Moriarty y los misterios de Oxford / Sofía Rhei ;
ilustraciones Alfonso Rodríguez Barrera. – México : Norma
ediciones, 2019.
184 páginas : ilustraciones. – (Colección. Torre Amarilla)

ISBN: 978-607-13-0821-4

1. Novela española – Siglo XXI. 2. Literatura española –
Siglo XXI. 3. Literatura infantil – Siglo XXI. I. Rodríguez Barrera,
Alfonso, ilustrador. II. t. III. Ser.

Primera edición en Fábulas de Albión, octubre de 2014

D.R. © Sofía González Calvo 2017.

D.R. © Educactiva, S. A. S. 2017, Colombia

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, México,
Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma”, está licenciado por Carvajal,
S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Edición: Jael Stella Gómez P.

Corrección: Grace Burbano

Ilustraciones: Alfonso Rodríguez Barrera

Diagramación: Alejandra Sierra / Sergio Salto

Primera edición México: enero 2019

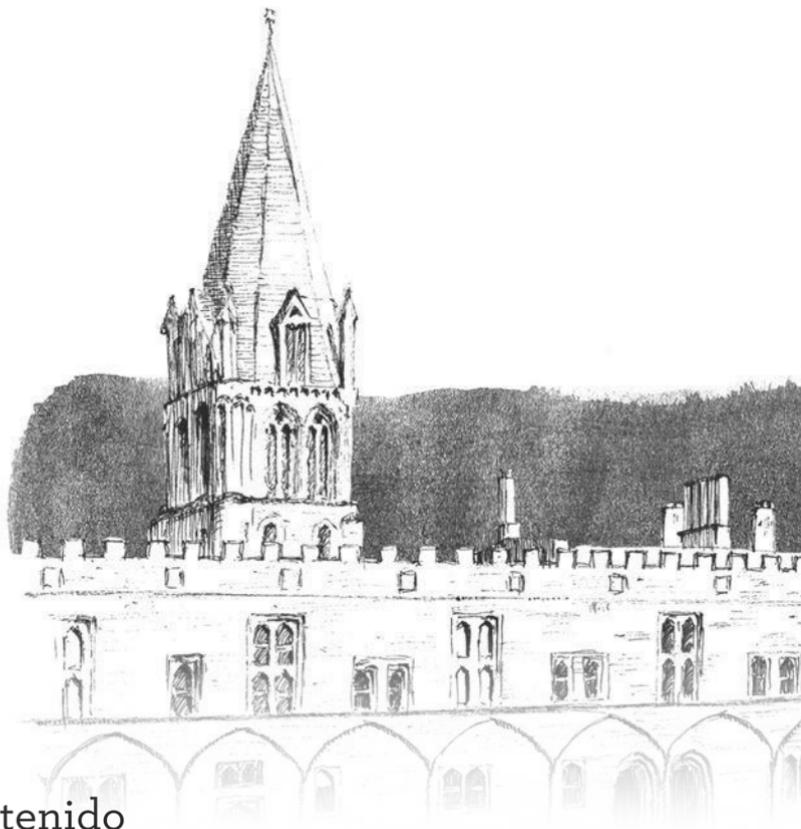
Tercera reimpresión: agosto 2020

Impreso en México – Printed in Mexico

SAP: 61087370

ISBN: 978-607-13-0821-4

Para Helena Vaquerizo



Contenido

1.....	11
2.....	23
3.....	33
4.....	45
5.....	53
6.....	65
7.....	75
8.....	85
9.....	95



10.....	105
11.....	117
12.....	129
13.....	139
14.....	145
15.....	157
16.....	167
Notas victorianas.....	179
Agradecimientos.....	181

1.

Las tenía ocultas en el bosque, detrás de un espeso grupo de arbustos que llevaba años cultivando para que me sirviera de escondrijo. Según mis cálculos, ya debía de haber más de diez mil.

La caja me la había hecho un carpintero del pueblo, al que había pagado con toda la generosidad que se espera de aquellos que tienen secretos que guardar. Me había informado detalladamente de las características *que tenía que tener* el criadero. Los primeros ejemplares llegaron como polizones en una de las cajas de regalos del tío Theodosius, procedentes de América. Eran tres o cuatro, tan largas como mi dedo meñique, sin contar las antenas, y de un precioso marrón translúcido y acaramelado.

Me acerqué a la gran caja, y abrí el compartimento con una rejilla. Al entrar la luz, todos esos

millares de cucarachas se movieron a la vez, nerviosas, como si fueran petróleo enfadado. Sentí cierto orgullo al ver que la colonia había prosperado con tanta eficacia, y eché por la rejilla la mezcla de harina, azúcar y desechos de cocina con la que las estaba alimentando. Para aquella pequeña ciudad de insectos, yo era algo así como un dios. Así es como uno suele sentirse cuando prepara una plaga de dimensiones bíblicas.

Regresé a casa de un humor excelente, y me dirigí al laboratorio para continuar mis experimentos sobre sulfuro de azufre. Debido a su característica pestilencia, que era precisamente el motivo de mi interés por esta sustancia, tenía que realizar estas prácticas con un especial cuidado para no ser descubierto.

Pero en el laboratorio me encontré una carta de mi padre. Llevaba mi nombre escrito con su letra. La abrí, con impaciencia, y encontré una nota en la que me convocaba a su despacho a una hora precisa. Y ya llegaba tarde.

Aquello era algo de lo más inusual. Mi padre nunca deseaba hablar específicamente conmigo, y mucho menos me lo comunicaba por escrito. Aunque yo ya intuía por dónde podrían ir los tiros después del reciente anuncio, en realidad estaba bastante sorprendido por el procedimiento. Como buen jugador de ajedrez, hice todo el trayecto calculando qué podría decirme, y previendo las que serían mis respuestas.

Pasé por la habitación del piano, y vi a mi hermanastro James de pie junto a Arabella (mi hermana, no la pianista que quiere pescar a mi padre, ni la dodá, que vive en Oxford. La caracol gigante descansa en paz después de una próspera vida dedicada a alterar el sueño de numerosos habitantes del pueblo). En este caso, el que tenía aspecto de babosa era el larguirucho James, o Games, como yo prefería llamarlo por su afición a hacer triquiñuelas de llorica y trucos manipuladores de niño pequeño. Games observaba arrobado a mi hermana, que estaba ejecutando una pieza moderna de esas que te ponen los nervios de punta, de esas en las que en vez de tocar se golpean las teclas como si fueran un yunque de herrero, pero él la miraba como si de sus dedos brotaran melodías celestiales. El muy patán no hacía ningún esfuerzo por disimular lo colgado que estaba de mi malvada hermana mayor, y teniendo en cuenta que pronto sería también su hermano, aquello era tres veces repugnante y doce veces patético.

Yo estaba particularmente furioso con Arabella porque había conseguido, a base de todo tipo de artimañas, que nuestro padre le regalara a «Relámpago», el más veloz de los caballos de nuestra cuadra. Sin embargo, los años me habían enseñado que la venganza era mucho mejor cuando se dejaba cocer a fuego lento.

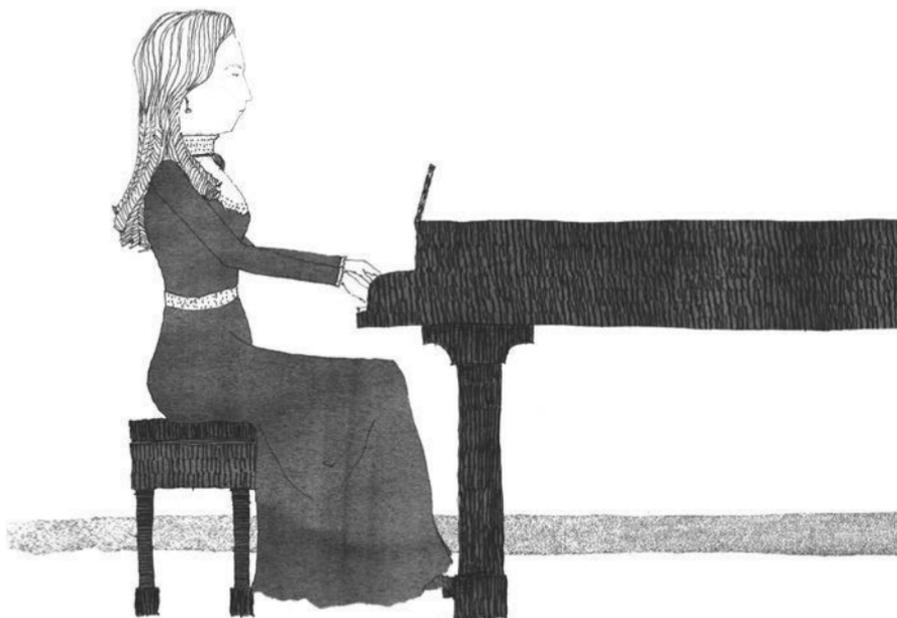
Cuando mi hermana dejara de esperar mi contraataque, este surtiría mucho más efecto y, por lo tanto, resultaría más satisfactorio.

Mi padre me recibió con actitud solemne, al menos estábamos a solas. La señora Woodward parece haberse convertido en su sombra últimamente, como si temiera que pudiéramos decirle a nuestro padre cosas en su contra. Ya había empezado a conocernos.

—Toma asiento, James. Supongo que ya te imaginas el motivo por el que te he pedido que vinieras —dijo mi padre.

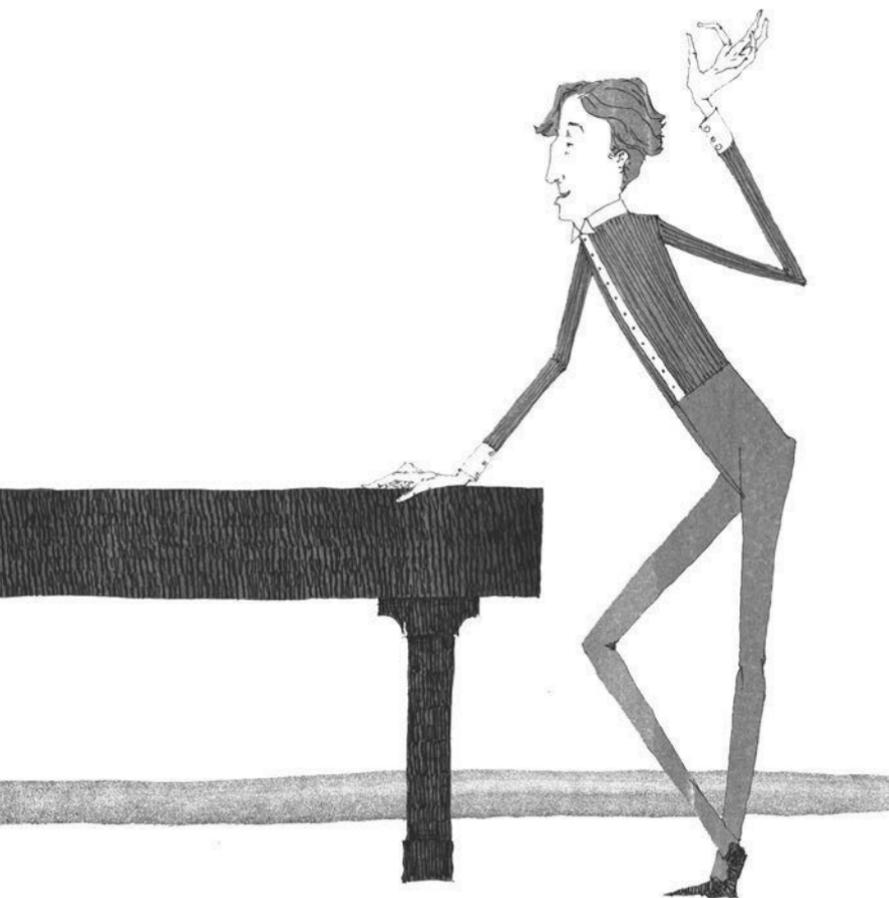
Yo levanté las cejas, como había observado que hacían las personas genuinamente sorprendidas por una acusación cuando son inocentes.

—La verdad es que no tengo ni idea de qué se trata —le respondí.



Mi padre suspiró, y abrió un cuaderno, en el que entreví una ordenada lista de frases impecablemente caligrafiadas. En esta familia somos muy de libretas y de hacernos listas de cosas.

—De acuerdo. Vayamos una por una. La primera vez que intenté casarme con la señora Woodward, el sacerdote se indispuso de gravedad exactamente en el momento de la ceremonia, con lo que no dio tiempo de llamar a otro.



—Creo que el pobre sufrió una fuerte diarrea. Sucede hasta en las mejores familias. A lo mejor le dio demasiado al vino de la Toscana que compraste para la ceremonia...

Mi padre continuó hablando, imperturbable.

—La segunda fecha prevista para la boda tuvo que cancelarse debido a que la señora Woodward experimentó un intenso ataque de angustia debido a la supuesta aparición de un fantasma.

—No debería leer tantos libros de Margaret Oliphant. Dicen que dan pesadillas.

Mi padre suspiró.

—El día anterior a la tercera fecha prevista para la ceremonia, toda la comida fue devorada por una misteriosa plaga de ratas, que aparecieron de repente, venidas de quién sabe dónde.

—Según el profesor Darwin se trata de animales inteligentísimos. La comida de la señora Goosey es demasiado deliciosa y seguramente puede olfatearse a millas y millas de...

—La cuarta vez, tu futuro hermanastro James contrajo la fiebre amarilla. La fiebre amarilla, James. Una enfermedad africana en la campaña inglesa.

—Con tantos paquetes del tío Theodosius y tantas plantas raras que te mandan de todo el mundo para los estudios farmacológicos, lo extraño es que no tengamos más enfermedades raras de esas. Deberías plantearte hacer una habitación de cuarentena. A veces me parece poco responsable que no la hayas construido ya, padre.

Esto no le gustó a mi progenitor, que abandonó su tono tranquilo para decirme, al borde de perder la compostura:

—Hijo, la fiebre amarilla es una enfermedad que puede resultar mortal, y que además es infecciosa. Si alguien hubiera contagiado deliberadamente a tu futuro hermanastro habría cometido el delito de intento de asesinato, y una enorme imprudencia, ya que su propia vida y la de todos sus familiares podría haber estado en peligro.

—Querido padre, cualquier persona del entorno del mejor médico investigador farmacéutico de Inglaterra sabría lo sencillo que para este resultaría curar de semejante dolencia a su futuro hijastro. Tu diagnóstico fue tan temprano y tus cuidados tan eficientes que no tardó ni una semana en recuperarse.

Se tranquilizó un poco. Tengo comprobado que siempre funciona decirles a las personas que son las mejores en algo.

—La quinta vez que intentamos casarnos, al sacerdote se le incendió el pelo en medio de la ceremonia, y huyó despavorido. A partir de entonces, llamamos siempre a tres sacerdotes para evitar imprevistos. La sexta tentativa fue cancelada por una irrupción de hurones hambrientos que mordieron a varios invitados.

—Al coronel Lancaster le mordieron hasta en la pierna de madera. Pobres animalillos, me pregunto qué granjero desalmado pudo ser capaz de descui-

dar tanto su alimentación. Hay gente que no merece tener animales a su cargo.

Mi padre cerró los ojos y contó mentalmente hasta diez, como suele hacer cuando necesita tranquilizarse.

—En la octava ceremonia se incendió la iglesia.

—Ya sabes que yo estaba en Brighton pasando unos días, a petición de la señora Woodward. El tabaco es un vicio despreciable. Tienes demasiados amigos fumadores, padre.

—Es cierto que todos estos desgraciados accidentes podrían haberse debido al azar. Sin embargo, James, ¿podrías explicarme cómo es posible que la novena vez que intenté casarme con la señora Woodward la iglesia se inundara de agua de pantano con sanguijuelas incluidas? Y no me vuelvas a decir que tú estabas en York en ese momento...

—Muy sencillo —empecé a decir—. Las lluvias torrenciales de la semana precedente se habían acumulado en el lóbrego falso techo de esa capilla en mal estado. Y de todos es sabido que...

Mi padre giró la cabeza y se puso a mirar por la ventana. Parecía muy triste y cansado.

—La situación se está haciendo imposible. James, ya tienes catorce años. Dentro de poco serás un hombre.

Yo estaba preparado para negar cualquier posible acusación, y desviar todos y cada uno de los nueve delitos mencionados a su correspondiente responsable ficticio, tal y como había sido planea-

do desde un principio. En los dos últimos casos, la responsabilidad sería asumida por mi cómplice, George, el hijo de los lecheros del pueblo, tal y como había sido pactado en el correspondiente contrato. Pero mi padre no me acusó de nada.

—No es fácil ser adulto, ¿sabes? Hay muchas responsabilidades. Muchas cosas que dependen de uno. Cuando yo tenía tu edad solo pensaba en pasármelo bien... —al decir esto se quedó mirándome fijamente—. Pero tú no eres así, ¿verdad? Por mucho que digan que nos parecemos en el aspecto físico, en realidad somos... diferentes.

Me pasé la mano por el cabello, que siempre me empeñaba en peinar exactamente al contrario que él. Mi padre ordenaba su cabello hacia la derecha, el lado del orden, y yo forzaba el mío para que se inclinara hacia el lado opuesto.

—Me gustaría pedirte —siguió diciendo, con el aspecto de estar realizando un gran esfuerzo de contención— que no intervinieras en la próxima ceremonia. Tengo mis razones para querer casarme, y me gustaría dejar de perder una pequeña fortuna cada vez que lo intento. No voy a castigarte por ninguna de las fechorías anteriores, aunque todos sabemos que fuiste tú quien preparó todas y cada una de ellas. ¿Tienes alguna sugerencia que hacer?

Lo pensé durante unos segundos. Lo cierto era que esta petición me había pillado por sorpresa. No pensaba que mi padre iba a escoger precisamente el día de hoy para empezar a tratarme como a un